

— *El hombre y el pasado.*

El mensaje de Ortega —quisiéramos cerrar nuestro trabajo con esta conclusión— es prometedor y de horizontes abiertos y juveniles. De ahí su aceptación y simpatía en el mundo del mañana. Sin embargo, es aleccionadora —sin ser retrógrado, ni excesivamente progresista —la unión que hace entre el pasado y el presente, para hacer el futuro. En distintos rincones de su inmortal obra se confiesa admirador de muchos valores pretéritos, lo que mezcla con su inquietud por purificar lo que vive, y hacer una historia mejor. «Para superar el pasado es preciso no perder contacto con él. El hombre no es nada positivo, si no es continuidad». Malo o bueno, el pasado es base y fundamento del porvenir. Habrá que asegurar esos cimientos, pero jamás eliminar una tierra, un mundo, una historia, una vida sobre los que hay que «reobrar» algo, siempre mejor.

Ricardo LLULL, f. s. c.

UN MISAL POSTCONCILIAR

A pocos años todavía de la puesta en marcha de la renovación litúrgica, nadie se atrevería a afirmar que sean pequeños los bienes que ella ha traído consigo para el pueblo de Dios. Pudieron abrigarse ilusiones precipitadas en el sentido de una frecuencia masiva y creciente, por obra y gracia de la mejor inteligencia de las palabras y los ritos. Mas no están los tiempos como para soñar, ni es la práctica religiosa algo que sobrevenga de fuera adentro, ni el movimiento litúrgico obedece precisamente a un deseo de reconquista numérica más que a la urgencia profunda de una renovación cualitativa.

Que ésta se haya producido es palpable en cualquier celebración eucarística. Los fieles, sea cual fuere su grado de formación, se sienten más cerca de la mesa de la palabra y del altar del sacramento. Los fieles oyen venir hacia ellos la palabra de Dios en su propio lenguaje y responden comunitariamente a un diálogo en que se halla interesada su fe.

Las cosas, sin embargo, no están ocurriendo de una manera tan sencilla. Y es justo tenerlo en cuenta para sacar conclusiones pastorales. Ciertos sectores experimentan incomodidad por la mayor cercanía del misterio. Otros se aperciben con sorpresa de que las lecturas bíblicas, pese al esfuerzo de una traducción oficial, quedan a veces lejos de sus módulos mentales o de su capacidad de asimilación. Y, para la gran mayoría, ha resultado excesivo el peso de las variaciones incesantes y de las arbitrariedades observadas al margen de directrices comunes.

Todo ello tenía que producir necesariamente un clima de saturación o de curiosidad expectante, por no decir de apatía, que sólo cabe superar de la mano de cierta estabilización provisional. Provisional, porque la reforma litúrgica no ha hecho sino dar comienzo. Pero estabilización relativa que permita montar sobre ella la participación reclamada por el Concilio Vaticano II cuando dice: «La santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa que exige la naturaleza de la liturgia misma, y a la cual el pueblo cristiano tiene derecho y obligación en virtud del bautismo; porque esta plena y activa participación de todo el pueblo, es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano» (CDSL, n. 14).

Una etapa en esa estabilización —etapa de longitud imprevisible— puede señalarla el hecho de que las traducciones oficiales hayan sido fijadas. El sacerdote tiene ya a mano todos los textos litúrgicos. Es, pues, el momento de ofrecer a los fieles *su* misal.

Un misal *pensado para ellos*, y no copia rutinaria de los libros de altar. Un misal que cubra *todas* las necesidades pastorales de los fieles. Un misal que no se conforme con reproducir pobremente lo que el pueblo necesita en el marco de la celebración eucarística. Un misal que polarice la vida entera del cristiano en torno al altar. Porque liturgia son todas las horas del quehacer diario del creyente.

Es liturgia la elevación del alma a Dios consagrándole las primicias del trabajo cotidiano y los sudores de la jornada que termina. Es liturgia el primer encuentro con la gracia de un hijo recién nacido (bautismo) y el encuentro final con el amor del Padre, de unos pies fatigados de peregrinar hacia la casa paterna, unción de los enfermos. Es liturgia la vida sacramental y también el desahogo de un alma que deja saltar hacia arriba una canción de *gratitud*.

Todo eso debe ser un misal para los fieles del postconcilio.

Todo eso ha querido ser *La Misa Participada* o nuevo misal festivo preparado por Juan José FERRERO BLANCO, que coeditan el Instituto San Pío X y Ediciones Sígueme de Salamanca.

En sus cuatrocientas cincuenta y seis apretadas páginas y en su pequeño formato, que lo hace tan manejable, esconde ese misal una riqueza desusada. Como dominical y festivo va destinado a la gran masa de fieles que hace de la pascua del Señor, celebrada cada semana, el centro de su vida espiritual. Es una limitación y una ventaja; porque de esa manera, en su pequeño volumen todo ha podido ser pensado en servicio de dicha finalidad; desde las ilustraciones —modernas, sencillas, vigorosas— hasta la última sugerencia pastoral.

Quien abra este misal festivo en cualquiera de sus páginas, se verá agradablemente sorprendido por su aliento nuevo, por su esmero didáctico, por su presentación impecable. Y, desde luego, por su riqueza de contenido. Pues, además de misal, es *ritual de los sacramentos*, inmediatamente dispuesto para sostener el diálogo con el sacerdote en esos trances importantes de la vida cristiana; *devocionario moderno* (laudes, vísperas, etc.), con abundancia de fórmulas para la oración privada, familiar y parroquial de los fieles, en la mejor línea del Concilio Vaticano II; y *cantoral religioso popular* útil para toda suerte de circunstancias (misas, novenas, celebraciones de la palabra...) por cuanto fue confeccionado a partir del conocido «Cantemos al Señor», entresacando sus aportaciones más valiosas.

Creemos, pues, justo llamar aquí la atención de nuestros lectores sobre una publicación que la merece y a la cual no escatimamos elogios. La recomendamos vivamente a los colegios, escuelas, grupos selectos de todo tipo. Y, en general, a todos los fieles que intentan hacer del Vaticano II su norma de conducta litúrgica y que quieren vivir intensamente su cristianismo en la liturgia de cada domingo y en aquella otra liturgia del quehacer cotidiano hecho testimonio de su fe.

P. MAYMI